LA AVELLANEDA Y SUS VERSOS

(CONTINUACIÓN)

VIII

Difícil es hablar del teatro poético de la Avellaneda, tan vario y tan rico en un trabajo de las condiciones del presente; por lo que, después de lo que acerca de *Alfonso Munio* y *El príncipe de Viana* dejamos escrito, apenas podemos hacer en este sitio otra cosa que catalogar, quizá con alguna omisión las producciones dramáticas de nuestra escritora.

Estrenó el drama *Egilona* en junio de 1846, con éxito excelente. La ruda temporada que poco después ensombreció la vida de su autora y el carácter religioso y austero que durante muchos días tomó su labor literaria, mantuvieron a la poetisa apartada del cultivo del arte dramático, al que no vuelve a dedicarse hasta el estreno en octubre de 1859, de su tragedia bíblica *Saul,* de que después hablaremos brevemente. Sigue a estas obras el estreno de *Flavio Recaredo* en el teatro del Príncipe, en el año 1851, y tras éste el de otros tres dramas estrenados con varia fortuna en 1852 (1); *La verdad vence apariencias, El donativo del diablo* y *La hija de las flores o Todos están locos.* La primera de estas obras tuvo un magnífico éxito; la segunda, cuyo argumento buscó Tula en su novela *La velada del helecho,* fué recibida fríamente por el público, y la tercera (dedicada a Zorrilla, aunque su autora suprimió la dedicatoria al incluirla en las *Obras* de 1869), proporcionó a Gertrudis uno de sus triunfos más notables y sonados. Representóse sin interrupción durante dos meses y en la noche del estreno el entusiasmo del público se desbordó y la escena quedó

(1) También estrenó en 1851 una *Loa* celebrando el nacimiento de la infanta Isabel, y en 1852 el drama en prosa *Errores del corazón,* que no incluyó entre sus obras.

materialmente cubierta de coronas y ramilletes de flores, en homenaje a la escritora y al drama, que poco después se traducía al francés, al inglés y al portugués.

En el año siguiente dió al teatro el drama en cuatro actos *La Aventurera,* calcado en una comedia francesa de igual nombre y el titulado *Hortensia,* traducción de Federico Soulié. Logró el primero un éxito notable: el segundo fué recibido con frialdad.

Gustó poco igualmente el drama en prosa, hoy perdido, *La sonámbula,* estrenado el año siguiente de 1854. En 1855 ofrece al público tres nuevas producciones: el drama en un acto, arreglo del francés, *La hija del rey René,* la comedia *Simpatía y antipatía y Oráculos de Talía o los duendes en palacio.* Las tres, singularmente la última, fueron muy bien recibidas.

Del drama *Los tres amores,* estrenado en 1858, hay que hacer singular mención, a pesar de tratarse de una obra en prosa, fuera por lo tanto, de los límites de nuestro estudio; pues en la noche de su estreno se exteriorizó violentamente una latente hostilidad que entre el público y muchos literatos venía incubándose contra la poetisa y y sus obras. «Esta comedia no fué apenas oída—dice el señor Cotarelo (1). Grupos de alborotadores interrumpieron de continuo su representación, valiéndose hasta de medios indecorosos para dar con ella en tierra». Más adelante volveremos sobre este asunto.

Veinte días más tarde estrenó Tula *Baltasar,* la obra maestra de su teatro, a la que en otro capítulo dedicaremos la debida atención.

Finalmente, hacia el año 1867 escribió, para ser representada por un grupo de amigos aficionados, su comedia en prosa *El millonario y la maleta* y el último de sus dramas *Catilina,* refundición del escrito en francés por Dumas y Maquet.

De toda esta opulenta producción y hecha la excepción de *Baltasar,* la tragedia *Saul* es sin duda lo más acabado y notable. Brillan en ella, quizá con más riqueza de lirismo que en ningún otro drama de Gertrudis, las admirables dotes de poeta de su autora, que alcanza en esta obra momentos felicísimos de alta y soberana inspiración. La crítica la encuentra reminiscencias e imitaciones de Alfieri, sin que

---

(1) En el artículo *Examen de libros,* ya citado. En el estreno de *La sonámbula,* parece que también se manifestaron las influencias hostiles de los enemigos de Tula.

ello excluya la originalidad y el modo personal y propio de la poetisa en esta su producción tan bella como olvidada. Gastóse mucho dinero en representarla con propiedad y ambiente, sin que a pesar de ello quedase satisfecha Gertrudis, que siempre atribuyó a la dificultad de lograr la representación fastuosa que para su tragedia soñara, la falta de unanimidad de la crítica al juzgar su obra, a la que no faltó quien combatiera rudamente.

La variedad de géneros ensayada por Tula y su triunfo indiscutible en todos ellos acreditan la riqueza y flexibilidad de sus talentos literarios; pero por lo que al teatro se refiere, manifiéstase de modo evidente la notable ventaja que sus dramas hacen a sus comedias. No carecen estas de intriga y movimiento, de situaciones hábiles, de amenidad ni de interés; pero el genio de Gertrudis, acostumbrado al coturno y a la dalmática, se aviene mejor con la dicción grandilocuente y severa, con el asunto grave y conmovedor de la tragedia y del drama que con el artificioso discreteo y el enredo convencional de la comedia. Por eso en una de las principales obras de Gertrudis de este último género, la titulada *Oráculos de Talía*, y en otras varias, junto a fragmentos de gran belleza y arte primoroso hay otros desmayados y lánguidos, y a veces hasta descuidos graves de técnica, ripios inclusive, que hacen la obra un tanto informe y desigual.

No todo en la carrera dramática de la poetisa fueron triunfos y bienandanzas, pues hubo aquélla de costarla también mortificantes alfilerazos, dimes y diretes con críticos y público, y hasta serios y graves disgustos, como en otros lugares veremos. Y es fuerza reconocer en este, por lo que hace al asunto, que una buena parte de la culpa, si no toda, la tuvo la morbosa irritabilidad con que la escritora, haciendo bueno el *genus irritabile vatum* horaciano, acogió siempre las observaciones de la crítica y aun los reparos de cualquier clase que se pusieran a sus obras. Ya la hemos visto más atrás sacudiéndose las acusaciones, esta vez realmente injustas, de Villergas. En los *Oráculos de Talía,* herida y mortificada por incidentes anteriores, dialoga con el público, por boca de un gracioso, de esta despectiva manera:

Si no olvida, en fin, que hay pitos
a peseta el centenar
y que hay hombres muy peritos
en la ciencia... de silbar.

Yo pintárselos pudiera
con sus pelos y señales;
mas trazar retratos tales
del pincel deshonra fuera.
Y los pobres, a mi ver,
avergonzarlos no es justo:
el meter ruido es un gusto
y ellos... ¿qué ruído han de hacer?

En el prólogo que puso a dicha comedia cuando la imprimió, arremete contra Fernández Guerra, que calificaba, con razón, de lengua babilónica para las gentes del siglo XVII los conceptos expresados en los tres versos

el togado manda en guerra
y el literato en marina
y el militar en hacienda

de la comedia mencionada; a lo que Gertrudis, perdida la serenidad y el buen sentido, arguye, por excusarlos, que los copió de «un satírico del mencionado siglo XVII», guardándose, naturalmente, de decir de quién. Mejor hubiera hecho en alegar que semejante reparo pudiera ponerse igualmente a *El puñal del godo* y a *Venganza catalana* y a todo el teatro poético histórico español; y mejor todavía en guardar un silencio discreto y dejar que el tiempo y el buen juicio restablecieran en sus obras lo que entendiera que en ellas podía resultar mutilado o dañado por las demasías de la crítica, como es norma de autores sensatos. Pero lejos de semejante táctica termina su prólogo citado con estas frases pueriles y agresivas: «Procuraré en lo sucesivo no concebir idea alguna que desenvolver en producciones teatrales sin consultar antes a ciertos hombres políticos, que prueban diariamente lo muy alto que rayan en filosofía y en moral».

Todo esto, con lo que el lector verá en el siguiente capítulo y con mucho más que no cabe en este trabajo, explica que Enrique Gil, que firma con sus iniciales la «Adición» a la noticia biográfica que figura al frente de las *Obras,* hable de «la altivez e irritabilidad de carácter que algunos atribuyen a la señora Avellaneda» y de «la desdeñosa soberbia con que se encaraba con el bando enemigo que creía tener enfrente»; y explica también que entre público y escritores no cayesen bien semejantes arrogancias, que dieron lugar a escenas como la que ligeramente dejamos apuntada al tratar del estreno

de *Los tres amores* y a la más sensible por sus trágicas consecuencias relacionada con el estreno de *Baltasar,* que más adelante relataremos.

IX

Muerto el insigne D. Juan Nicasio Gallego, (1) Secretario perpetuo de la Real Academia Española, quedaba en esta Corporación, a principios de 1853 la natural vacante, cuya provisión fué una de las más laboriosas, reñidas y difíciles de cuantas se registran en los anales de la docta casa. Era entonces Director de la Academia Martínez de la Rosa y académicos de número, según uso, los más sólidos prestigios literarios de la época, entre ellos Quintana, Bretón de los Herreros, el crítico Revilla, el Duque de Rivas, Escosura, Gil y Zárate, Marqués de Molins, Vega, Ochoa, Hartzembusch, etc.

Parece ser que Pastor Díaz, Puente y Apecechea, Pacheco y otros amigos de Gertrudis propusieron a ésta la presentación de su candidatura para ocupar el sillón vacante; idea que probablemente sin necesidad de auxiliares se había ya abierto camino en la mente de la poetisa a la muerte de su ilustre protector y amigo el autor de la *Elegía al dos de Mayo.* Estimaron los galantes consejeros cosa de poca monta y obstáculo fácilmente vencible la incompatibilidad entre el sexo de la pretendiente y los estatutos de la Academia, y Gertrudis, para quien la entrada y asiento entre los inmortales tenía atracciones de abismo mezcladas con luces y reflejos de Edén, dejóse convencer fácilmente y en cumplimiento de las disposiciones reglamentarias se dispuso a presentar en forma su solicitud. Mas noticiosa de que iba a tener que luchar no menos que con el poderoso e influyente Conde de San Luis, D. Luis José Sartorius, poco después Presidente del Consejo de Ministros, cuya candidatura para la Academia patrocinaban entre otros, Bretón, Hartzembusch, Vega y Ochoa, y además con Ferrer del Río, a quien presentaba el crítico Revilla,

---

(1) Casi todos los datos relacionados con el intento de entrada de Gertrudis en la Academia que se consignan en este capítulo, proceden de los interesantes artículos sobre la materia publicados por el erudito D. Juan Pérez de Guzmán en *La Ilustración Española y Americana.*

acudió Gertrudis a un expediente muy conforme con su carácter un tanto liberal y desenfadado. Sin cuidarse para nada de Ferrer del Río, a quien daba por derrotado fácilmente, escribió una extensa carta al Conde de San Luis, en quien veía su adversario verdadero y temible, proponiéndole llanamente que la cediera el paso; para lo cual invocaba su decidido interés en el asunto y la caballerosidad y cortesía del Conde. Justificaba su empeño alegando el valor moral que para ella tenía el hecho de tratarse de la sucesión de su excelente protector y consejero, que siempre la dispensó un cariño paternal y afirmaba que Pastor Díaz y Pacheco fueron a proponerla, el mismo día del entierro de D. Juan Nicasio, la presentación de la solicitud, cosa que por entonces no resolvió por encontrarse en extremo afectada por la pérdida de su ilustre maestro. Añadía, en fin, que al escribir aquella carta lo hacía siguiendo el consejo de varios amigos y que esperaba del Conde, no sólo el «pequeño sacrificio» que le pedía, sino también el de que apoyase y recomendase fervorosamente la candidatura de la poetisa.

Pensativo debió de quedar el buen Conde, como aquel otro del Romancero, a la lectura de esta epístola y a la vista de la llaneza singular que la inspiraba; y aún es fácil que ambas le hicieran para su capote echar pestes de las mujeres de lira y manuscrito y dedicar un sentido madrigal a las de fogón y calcetín. La actitud que adoptó fué, no obstante, la más correcta y caballerosa que la situación podía pedir y aparece retratada en la carta siguiente que dirigió a la poetisa:

«Excma. Sra. D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda:

Mi muy estimada amiga y señora: No habrá V. dudado un instante de cuál sería mi respuesta a la carta de ayer. Si V. consigue resolver en su favor, como deseo, la cuestión de posibilidad, cedo a V. la vez, llenando así un deber de amistad, de justa correspondencia y de aprecio a sus indisputables títulos y merecimientos. En ningún concepto puedo ni debo yo competir con V. en el terreno en que nos hemos encontrado. Pero no siga V. creyendo que me cuesta poco el retirarme. Hago en ello un sacrificio; aunque siendo por V. lo hago gustoso, y le ayudaré además en su empeño cuanto me sea posible. Vea, pues, en qué otra cosa puede complacerla su afectísimo y s. s. q. s. p. b., *El Conde de San Luis.*—28 de enero.»

Y el galante Sartorius pidió en el mismo día a la Academia que retirara su solicitud. Contestó la Avellaneda a la carta anterior con otra de gracias expresivas en la que se muestra casi pesarosa de haber obligado al Conde a un acto desagradable y costoso para él, que ella acepta sólo, —dice—, «por ser para mí casi un deber cumplir los deseos de mi difunto amigo, que más de una vez me había dicho que le reemplazaría, a su muerte, en la Academia española». «Preveo que es posible,—añadía después—que la ridícula objeción del sexo se sostenga en Madrid en una época en que los monarcas son mujeres, y mujeres, en otros países, los rectores de colegios científicos, y cuando en la misma España se conserva memoria de mujeres doctoras.» Ruégale, en fin, en la misma carta, dejando en ella asomar cierta recelosa inquietud, injustificada tras la cortés y categórica contestación de Sartorius, que la preste un apoyo franco y decidido, y le invita y autoriza a volver sobre su palabra si es grande el interés que tiene en ser académico; manifestándole que si en tres o cuatro días no obtiene respuesta a este particular, interpretará el silencio del Conde como una confirmación de los corteses propósitos del mismo y presentaría la proyectada solicitud.

Presentóla, en efecto, y su lectura y la retirada del Conde levantaron una formidable polvareda en la «docta corporación», pues los amigos de Sartorius estimaron como un hábil maquiavelismo de los adversarios políticos de éste la presentación de Gertrudis y se aprestaron a combatirla a toda costa. Hubo con tal motivo, por ambas partes, dimes y diretes, torneos periodísticos, pinchazos y alusiones; sin que en este combate de guerrillas se quedaran cortos Tula y sus amigos. Pero si los sitiadores atacaban con brío, los sitiados defendían no menos bravamente la entrada de la fortaleza. Dos juntas movidas y sonadas celebró la Academia, juntas de las que muchos académicos huyeron, esquivando el correspondiente compromiso; en ellas se planteó la cuestión previa de la posibilidad por causa del sexo, y al fin de la segunda, al votarse la fórmula propuesta por Bretón: *¿Son admisibles o no las señoras a plazas de número de la Academia?* quedaron muertas y sepultadas las últimas esperanzas de Gertrudis y su bando, por catorce votos contra siete de los señores académicos; resultado que fué participado por la corporación a la poetisa con cuantas lisonjas y atenuantes pudo servirse tan sabroso plato, que, como es de presumir, a rejalgar, ajenjos y acíbar supo al delicado paladar de la escritora.

Frotáronse las manos de gusto los amigos del conde, viendo ganada la batalla; pero Sartorius, que en todo este asunto obró, a lo que parece, con la más exquisita corrección, presentó a la Academia un nuevo escrito, que se leyó el 17 de febrero, manifestando que por razones de delicadeza retiraba por aquella vez su candidatura. Y el que entonces se frotó las manos fué Ferrer del Río, el más débil de los pretendientes al sillón, que, encontrándose con el camino providencialmente despejado, fué votado por unanimidad.

Una vez convencida de su derrota—y aún bastante antes—, la imparcialidad obliga a reconocer que Gertrudis perdió los estribos y trocóse en desdichada víctima de su nerviosidad y de su amor propio mortificados: dió contra todos y contra todo, puso a la Academia como un trapo, y hasta escribió a Sartorius una carta mortificante y quisquillosa, tachando de insincera y de poco transparente la conducta del Conde. Estos ataques no podían quedar sin contestación, y en efecto, lloviéronla gacetillas, chistes y alfilerazos, y del grupo de Cañete (1) y sus amigos salió por entonces un largo romance que comienza así:

Yo doña Safo segunda
entre avellanada y fresca,
musa que soplo a la mía
y hago viento a los poetas,
ante el tribunal del mundo
con la debida insolencia,
digo, como mejor haya
lugar en derecho, etcétera;
que envidiosos de mis glorias
algunos hombres de letras,
que se llaman literatos
porque negocian con ellas,
hombres que en vez de llevar
bocado, freno y serreta,
por extraño privilegio
son frenillos de la lengua,

(1) Cañete fué uno de los blancos de las iras de Gertrudis, que nunca le perdonó los cuatro renglones de crítica despectiva que dedicó a *La hija de las flores.*

«Habiéndola tratado bastante mal Cañete en la crítica de una de sus obras, escribióle la bravosa hembra: «Si se empeña V. en que andemos a garrotazos, al fin se saldrá con la suya». (Cejador, «Historia de la lengua y literatura castellanas». Tomo VII.)

los mismos que a todas horas
hallaron franca mi puerta,
hoy con negra ingratitud
la de su casa me cierran.

Costó, en fin, este asunto a Gertrudis, nada livianas mortificaciones, ataques, enemigos y odios enconados y duraderos.

Mas grato para ella fué un singular acontecimiento literario, sin precedentes en nuestra patria, que acaeció por entonces y en el que Gertrudis desempeñó papel muy principal: la coronación en el Senado, engalanado profusa y espléndidamente para la ceremonia, del poeta D. Manuel José Quintana; acto en que vino a cristalizar el pensamiento de un gran homenaje a este vate español, lanzado por los redactores del periódico *La Iberia.* Verificóse el domingo 25 de marzo con asistencia de los Reyes, y en ella el autor del *Pelayo,* anciano ya y retirado de la vida literaria, llegó al pie del trono, apoyado en Martínez de la Rosa y en el general Infante, e inclinó la encanecida frente, que la Reina ciñó con la corona de laurel de oro adquirida por suscripción nacional (1) en la que campeaba esta inscripción: *Al gran Quintana la prensa periódica, los amantes de las glorias de España, la nación entera.* 1855. La reina mostró al poeta en este homenaje la más afectuosa voluntad: costeó la magnífica bandeja en que fué presentada la corona, e hizo grabar en ella este letrero: *Isabel II a su muy querido ayo y maestro Quintana;* y al poner la corona en las sienes del cantor de la imprenta dijo estas bellas palabras: «Yo me asocio a este homenaje en nombre de la patria, como Reina; en nombre de las letras, como discípula».

En esta ocasión, tras un discurso de D. Pedro Calvo Asensio, leyó Gertrudis como última ceremonia del acto, una poesía *ad hoc,* que fué, como todas las suyas muy celebrada, y que, aunque ditirámbica y declamatoria, y escrita quizá con la desgana y violencia de los versos de ocasión y de encargo, lleva el sello de la viril y poderosa inspiración de la poetisa. He aquí los primeros versos de la composición:

---

(1) La corona se conserva hoy en la Academia de la Historia por voluntad expresa de Quintana. Acerca de la coronación pueden consultarse los libros *Coronación del eminente poeta D. Manuel José Quintana* (Madrid, 1855) y el prólogo a las obras del poeta (Madrid).

Allá en el centro de la hermosa Antilla,
que oye bramar al golfo Mejicano,
—perla que a la corona de Castilla
aún rinde el mundo de Colón ufano;—
allá donde es eterna
de los bosques la plácida verdura,
y el cielo tropical su luz derrama;
en los albores de mi infancia tierna,
por la alígera fama
llegóme un canto de inmortal dulzura,
y despertó mi mente,
la insólita armonía,
que de tus hados el rigor gemía,
¡Virgen del mundo, América inocente!

Quintana, después de leer en el homenaje un breve discurso de gracias afirmó galantemente a Gertrudis que estimaba como su mayor gloria haber inspirado tan magníficos versos.

Muy poco después, otro acontecimiento, más trascendental para ella, pasó por la vida de la escritora. De su amistad y trato con los Reyes, que siempre la distinguieron y colmaron de afectuosas atenciones, nació su conocimiento con el coronel de artillería y diputado a Cortes, a la sazón ayudante del Rey don Francisco de Asís, don Domingo Verdugo y Massieu, vicalvarista y afiliado al partido de la Unión liberal. Era gentilhombre de cámara, muy estimado de los Reyes, hombre un tanto inquieto y agitado, pero de fondo excelente y de gran corazón, en sentir de cuantos le trataron y conocieron. Prendóse de la poetisa, correspondióle ella, y en Abril de este año de 1855 celebró Gertrudis con él sus segundas nupcias, en las que los Reyes quisieron dar a los contrayéntes una muestra de su afecto y bondad, siendo padrinos de la boda (1). De la esplendidez y gala de la ceremonia, así como de los valiosos obsequios y atenciones recibidos por los novios, comentarios de público y prensa y demás extremos atañederos al caso, puede formarse idea fácilmente el lector piadoso, perdonando al autor si las circunstancias que condicionan este trabajo, le fuerzan a omitir aquí dicha «crónica de sociedad».

(1) De los Reyes recibió siempre Gertrudis las más expresivas muestras de afecto. Frecuentaba la poetisa las tertulias de Palacio y era también recibida y agasajada en los reales sitios de La Granja y El Escorial, habiéndola sido ofrecido hacia 1847 el cargo de azafata de la Reina. Demostrábanla igualmente gran estimación los infantes duques de Montpensier.

(*Concluirá*). ALBERTO LÓPEZ ARGÜELLO.